




1 En el bosque

COMENCEMOS CON LA BRUJA DEL BOSQUE.

Solo los niños podían encontrarla, guiados por zorros que brillaban levemente en la oscuridad entre la realidad y los sueños. Viajaban por esta tierra de ensueño hasta encontrarse con un arco parecido a un ojo a medio abrir, que apenas daba lugar para que lo cruzaran arrastrándose.

Debajo de las estrellas y una luna salpicada de cráteres violetas y azules, vivía la bruja en su castillo de torres hechas con troncos increíblemente gruesos y anchas paredes de ramas y hojas, sobre las que se erguían almenas hechas con los molares inmensos de algún animal gigante. Los huesos entrelazados que formaban la compuerta de entrada destellaban bajo la luz blanquecina de la medianoche, mientras que el puente levadizo de herraduras se extendía sobre un río rojo correntoso.



Al final de un pasillo serpenteante, iluminado por faroles de manos esqueléticas donde las llamas ardían estables sin la ayuda de una mecha, cera o madera, la bruja esperaba sentada en su trono tallado en un colmillo dos veces más alto que ella, ubicado justo en el centro del castillo, en una habitación amplia y circular sin techo, cuyas paredes se elevaban muy, muy altas y se curvaban levemente hacia el interior. Los zorros podían verla todo el tiempo, a cada una de sus facciones, todas a la vez, como una imagen completa. Sonreían y dormían a sus pies descalzos, lamiéndose las patas, esperando, observando.

Una zorra de pelaje naranja, tan oscuro que casi parecía rojo, se paró sobre el apoyabrazos del trono para ver a la tropa de zorros de ojos brillantes que se acercaba a la inigualable bruja, acompañando a un muchacho y a una muchacha de brazos cruzados.

Los chicos solo podían prestarle atención a una parte de ella a la vez: a sus labios bañados en la luz plateada de las estrellas, a sus ojos ónix delineados con un polvo dorado, a su cabello negro ondulado con perlas. Sus rodillas se veían tan duras como diamantes, apenas visibles debajo de su vestido escarlata; manos delgadas y dedos largos, uñas cortas y mordidas. Su piel suave y tensa cubría sus huesos delgados con una apariencia aceitosa y brillante, como una fiebre eterna e irrompible.

A medida que se acercaban, la bruja notó que no eran muy parecidos a sus visitas usuales. La muchacha no era una niña. Había visto dieciséis veranos, o tal vez diecisiete, casi el mismo número que la bruja. Tenía cabello largo y ligero, y ojos azules con pestañas tan finas que apenas eran visibles. Era un rayo de sol en el cuerpo de una chica, dorada y firme, y caminaba

como si temiera romperse en mil pedazos, dando cada paso con delicadeza e inseguridad.

El muchacho era mucho más grande que ella y de seguro era su hermano, ya que, si bien no se parecían mucho, compartían una especie de confianza magnética que los mantenía unidos, lado a lado. Tenía un rostro más huesudo, con labios color tinto como el vino, cabello negro azabache, una tez pálida como la luna fantasmal en pleno mediodía. Tenía algunas heridas sobre el dorso de su mano, viejas y nuevas, que iban en todas direcciones, algunas superficiales sobre otras más profundas, algunas cicatrizadas y otras abiertas.


La bruja cerró los dedos sobre los apoyabrazos del trono. Arañó la superficie esmaltada con sus uñas y el chillido resonó por todo el salón. La zorra de pelaje rojo levantó las orejas y gruñó. Nunca le había gruñido a ningún niño antes.

Al hablar, la voz de la bruja fue como una seda de obsidianas retorcidas brotando de su largo cuello oscuro.

–Soy la Bruja de los Deseos –dijo–. ¿Qué quieren de mí?

Los niños siempre sabían lo que querían y esa era la única razón por la que solo ellos podían encontrarla. Pero estos dos eran mucho más grandes que el resto y no estaban dispuestos a simplemente recibir su deseo y marcharse.

–¿Qué eres? –preguntó la joven en voz baja, mirando fijo a la bruja, mientras su hermano sonreía a su lado, sus labios presionados como si ya supiera la respuesta. Pero cuanto más observaba el castillo de la bruja, su sonrisa más se transformaba en una mueca de dolor. Miró a los zorros hambrientos, a las estrellas torcidas y las paredes espinosas, y nuevamente a la bruja.



–¿Qué es este lugar? –preguntó él–. ¿*Dónde* estamos?

La sonrisa de la bruja fue tan amplia que nadie hubiese imaginado cómo lograban sus átomos mantenerse unidos.

Su mundo, su castillo, nunca había deseado crearlos. Los habían arrancado directamente de su corazón durmiente y le había *dolido*. El dolor nunca había desaparecido y fluía como un veneno perpetuo sin antídoto. Pero ella no podía caer. Y no lo haría, su mundo debía seguir adelante.

Incluso con la sonrisa, no dejó de raspar su trono y quitar el esmalte en lugar de su propia piel, avivando los latidos invertidos de su corazón.

–¿Qué quieren de mí? –preguntó una vez más.

La muchacha sujetó su falda arrugada e hizo una reverencia, un movimiento rápido y sutil con el que sus rizos rebotaron sobre sus hombros.

–Deseo quedarme aquí contigo –dijo apresuradamente–. Quiero concederles deseos a quienes más los necesitan. Quiero vivir por siempre en un sueño.

La bruja dudó. Nunca nadie antes le había pedido algo así. Era el único deseo que sabía que no podía conceder; este mundo era suyo y debía vivir allí sola. Pero para la joven era solo un lugar de descanso, un lugar de suspiros, cuya puerta se abría solo una vez para no hacerlo nunca más. Para quedarse debería dormir, ni muerta ni viva, hasta el fin de los tiempos.

No, decidió la bruja, no le concedería ese deseo.

Pero la joven no tenía por qué saberlo.


En el fondo del corazón carmesí de la bruja florecía una rosa eterna con pétalos aterciopelados de sangre, cuyo tallo de hueso

robusto estaba repleto de espinas incisivas que temblaban al compás de su pulso. Como sabía que crecería otro en su lugar, lo tomó de su interior. Se abrió paso entre la piel, los músculos y los huesos, y arrancó un pétalo puntiagudo, del mismo modo que lo hacía con todos los niños que le pedían deseos. Cada pétalo era del mismo tamaño y forma, pero su sabor era único, una esencia infinita para deseos infinitos: goma de mascar para tener un hermanito, lavanda y miel para nunca pasar hambre, canela para conocer un nuevo amigo, manzana especiada para tener de mascota a un dragón invisible a todos menos para quien lo deseara, bilis agria para vengarse del bravucón de la escuela, chispas de chocolate y menta para curar a alguna abuela enferma.

Pero la bruja sabía que este pétalo en particular solo se disolvería en una mota con gusto a sal, sangre y óxido: una promesa vacía, un placebo. Al entregarle el pétalo a la joven, la bruja rozó la palma suave con sus dedos callosos. Luego, el muchacho y la bruja observaron cómo se llevó el pétalo a la boca y lo tragó.

—Ahora, acércate, deseadora —dijo la bruja cuando el pétalo desapareció—. ¿Qué tienes para ofrecerme a cambio?

La muchacha buscó en sus bolsillos, pero estaban vacíos. Por un momento, miró a la bruja en pánico, pero no era monedas lo que la bruja quería a cambio de sus favores. ¿Qué sentido tenía darle dinero? No, la bruja negociaba con otro tipo de moneda: huellas, pecas y ampollas a punto de estallar; contusiones y rasguños, arañazos, cortes y heridas desvanecidas; verrugas, ronchas y muelas de juicio aún sumergidas en encías rosadas y frescas; picaduras de arañas y sábanas de piel, gotas de sangre caliente de dedos temblorosos; pestañas caídas y uñas rotas, incluso



sombras completas. Los niños le daban lo que podían. Y la bruja lo aceptaba todo, quitándoles todas esas cosas que ellos creían que nunca extrañarían. Guardaba su dolor en un altar en el patio de su castillo de dientes y árboles, un bloque de piedra limpio en un claro de sombras. Algún día, seguro, todas las agonías de los niños y niñas superarían las suyas.

–Un mechón de tu cabello estará bien –dijo la bruja, antes de invocar un cuchillo con un hechizo rápido. Se lo entregó y la joven, que vaciló al tomar la hoja destellante, cortó un mechón largo de su cabello. La daga se desvaneció ni bien se lo entregó a la bruja.

Sin mover la cabeza, la bruja miró al joven. Arriba, algunas nubes que parecían huesos rotos rompiendo la piel avanzaban por el cielo. Esperó.

–Y tú, ¿qué deseas? –le preguntó finalmente el muchacho.

La bruja frunció el ceño. Era la tercera pregunta que el joven le hacía. Nunca alguien le había preguntado algo antes.

–Soy la Bruja de los Deseos y lo tengo todo –le contestó–. No quiero nada.

–¿De verdad? –le dijo, dando un paso hacia ella–. ¿De verdad lo tienes todo?

La zorra de pelaje rojo a su lado gruñó nuevamente. La bruja se llevó las manos a las rodillas.

–No lo preguntaré por tercera vez.

–Debe haber algo que quieras –insistió el muchacho–. Debe haber algo que te falte.

Pero no, estaba equivocado. El castillo, los zorros, el altar, los regalos: *ese* era su deseo. Todo, todo suyo. Incluso la lluvia fría de diamantes que empezaba a caer desde el techo abierto del castillo

era suya y de nadie más, de la Bruja de los Deseos del Bosque, con su mandíbula firme y su cabello mojado.

–Desperdiciaste tu deseo –le dijo, pisando con fuerza y haciendo que el suelo temblara.

La muchacha miró a su hermano furiosa y se apoyó con una mano sobre su hombro para no caerse. Las uñas de la bruja destellaron como cristal en una tormenta de relámpagos en cuanto se inclinó hacia adelante y tocó a cada uno en la sien. Una vez. Dos veces.

–Despierten.

Y desaparecieron.

Sola en su trono, la bruja cosió una y otra vez su esternón con una aguja larga y puntiaguda, una que había hecho con un colmillo. Cuando terminó, se llevó las rodillas desnudas hacia su barbilla y presionó sus muslos contra el hilo rojo enhebrado en la piel seca de su pecho. Los zorros bufaron y se movieron inquietos, pero la bruja los ignoró y cerró los ojos, intentando sacar la voz del chico y su pregunta de su corazón y de su mente.

Pero ya había quedado firme, sinuosa y profunda, repitiéndose como una canción, como una súplica, como una plegaria.

Y tú, ¿qué deseas?

Y tú, ¿qué deseas?

Y tú, ¿qué deseas?